

¿Tendrá La Habana una obra de arte o un Adefesio más?

Por J.M. Bens Arrarte.

C UENTA la Historia que en los albores del Renacimiento español se comenzó la construcción de la catedral de Málaga por Enrique Egas, con un plan enteramente gótico, pues ésta era la voluntad del emperador Carlos V, y con arreglo al plan se ejecutaron los cimientos. Pasado algún tiempo, el

Cabildo, enemigo de erigir una obra gótica, que a su parecer no estaba de acuerdo con las últimas novedades de la época, encomendó a Diego de Siloe la terminación del edificio, según el estilo del Renacimiento. Como vemos, los canónigos de aquel entonces aventajaban en deseos de modernizarse a los artistas y al mismo emperador.

Hace tres años, en un Concurso celebrado en nuestra Universidad Nacional para la construcción de una biblioteca, en homenaje al doctor Antonio Sánchez de Bustamante, el Jurado, en una de las bases exigió franca orientación moderna.

Y cuando pensábamos que dificultades felices habían echado en olvido viejos proyectos y obras, hoy mal llamadas de arte, cuando creíamos que el gusto de la época se hacía sentir en todas las clases sociales y que la simplicidad funcional que ella aportaba junto a la serenidad de una nueva emoción estética eran axiomas que nadie discutía, cuando dábamos por terminado el período de la escultura industrial, hecha por artistas desconocidos a tanto el metro cúbico de bajorrelieve o el kilo de bronce para estatuas, nos enteramos de la unánime protesta que en nuestros centros artísticos y culturales se había producido, contra la forma en que se pretende terminar el monumento al general José Miguel Gómez, ex presidente de la República, y cuya protesta han reflejado

en sus páginas en estos días y al unísono todos los diarios de la capital.

Pero las altas personalidades que componen la Comisión Gestora y que durante varios años exigieron el cumplimiento de lo pactado impidiendo ejecutar nada que fuese secundario, nos llenan de confianza y mueven nuestra pluma, a ellas nos dirigimos;

no es posible vivir fuera de su época.

Hace diez años la obra de Nicolini hubiera encontrado serias dificultades para triunfar en un concurso, y de este concurso nunca se debió prescindir; hubiera sido el tamiz de todas las ideas, críticas y opinión pública descargando en sus actas oficiales al Comi-

té de la responsabilidad de tal o cual preferencia. Era la única manera de dotar a La Habana de una obra de arte que justificara la cuestación nacional, cuyo máximo fué de veinte centavos, y que la popularidad del general Gómez cubrió rápidamente.

Pero a la falta de técnicos en el seno de la anterior Comisión que presidía el desaparecido doctor Varona Suárez, se debe el craso error que salvó a la ciudad de una obra mediocre.

Relatemos los hechos que fueron publicados en periódicos y revistas. La Comisión Gestora pidió al escultor Nicolini que estudiara un monumento digno de la memoria del general Gómez. Este deseo fué cumplido por el señor Nicolini, quien remitió los planos, memorias y maqueta, con el presupuesto de la obra que ascendía a la cantidad de doscientos treinta y dos mil pesos m. o. siendo esta suma muy superior a lo recolectado.

Un contratista de mármoles, con fecha 10 de junio de 1925 dirige un escrito a la Comisión ofreciendo ejecutar por la cantidad de cien mil pesos todas las piezas que integran el monumento, de acuerdo con las memorias del propio señor Nicolini, empleando los materiales que se detallan en las especificaciones, garantizando una ejecución perfecta y esmerada, las esculturas prometía encomendarlas al señor Nicolini, así como también aceptaba

que éste ejerciera la alta inspección de los trabajos.

Estos hechos no necesitan comentarios; el contratista de mármoles no ha podido cumplir. Una comisión de técnicos en aquella época hubiera rechazado de plano esta oferta, pero las ciudades tienen su destino, y este es el nudo feliz que nos ha salvado

hasta hoy de una nueva remesa de lo que pudiéramos llamar la "escultura del vermicelle".

El proyecto del señor Nicolini no cabía en la Avenida de los Presidentes; hubo que forzar su entrada, creando una plaza, y aun creada la plaza, ¿cómo armonizarla? Hoy ya están construídas las líneas modernas del Hospital de Infancia, que se darán de cachetes con el pompierismo monumental.

El proyecto presentado era una mezcla de una exaedra de mezquinas proporciones y un gigantesco pisa-papel más, pero a mi modesta opinión el escultor y el arquitecto estaban divorciados. Cualquiera de estos dos elementos se hubiera podido retirar o suprimir sin molestias; no estaban compuestos, estaban simplemente adicionados.

Las exaedras cuando tienen nobles proporciones sirven como telones de fondo de parques, grandes perspectivas, etc., pero nunca son elementos para situarlos en el eje de una avenida ni el centro de una plaza, porque de sus fachadas sólo una es interesante. Recuérdese el concurso de la exaedra que se pensó levantar en el parque del Maine, en el cual se presentaron proyectos muy meritorios.

Ahora bien, ¿en dónde está el máximo interés artístico en la obra del escultor Nicolini? ¿En la parte arquitectónica o en la parte escultórica? Analicémoslas detenidamente.

En la fachada principal de la exaedra, la gran altura del subbasamento destruye la nobleza de la columnata; todavía, una balaustrada exterior acortará la verticalidad de esta, cuyo orden, demasiado grueso, casi rechoncho para ser corintio, daña el acierto que pudieran tener los cuerpos extremos.

Los pequeños huecos del cuerpo central se pudieron suprimir, pues son ajenos a toda la composición. Cuanto a la fachada posterior, la diferencia de intercolumnios y la proporción de éstos la hacen demasiado banal. No es a base de escalinatas como se obtiene la grandeza. Estas críticas las podría repetir cualquier profesor de arquitectura de alguna escuela de arte italiana.



4

Cuanto a la parte escultórica, nos encontramos con ingenua superposición de volúmenes, figuras sentadas en los ejes laterales que se aburren horriblemente y el homenajeado en el centro, tratando de ligarlos al conjunto con el usual bajo-relieve, decadente, viejo, demasiado visto, esta es la escultura del "vermicelle" que tanta boga tuvo en los alrededores del 1900. Un bloque de piedra sostiene, como remate, una masa informe, carente de silueta, de ritmo; es la escultura amazacotada, es la complicación por la ausencia de facultades creadoras, es la nota que parece máxima y en donde nosotros encontramos la mayor debilidad de todo el proyecto.

Y si esto pensamos de la obra del señor Nicolini, imaginad aún lo que sería, realizada por manos mercenarias o escarpelinos corrientes.

Compárese este conjunto escultórico con la obra de Boni en el Parque de Maceo y se apreciará en seguida su pobreza de composición. Boni nos dejó entre las cuatro figuras aisladas de la base de un hermano del "Pensador" y aquellas dos estupendas figuras laterales que, inspiradas de Miguel Angel, nos recuerdan los Profetas del plafond de la Sixtina, que vieran a vivir en bronce a este rincón de La Habana.

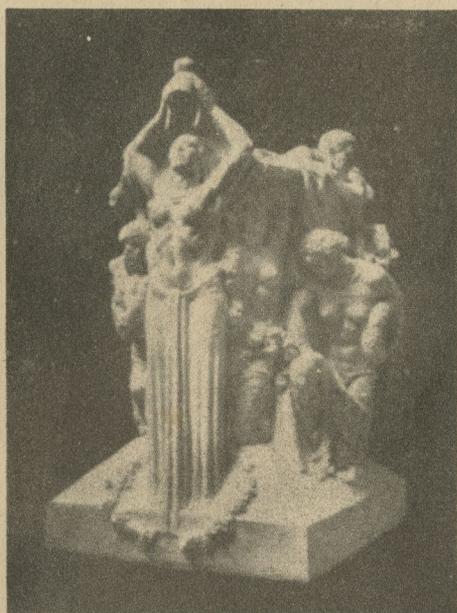
Cierto que el bajorrelieve de Boni es muy de su época, pero el resto del monumento lo redime. Aun más: compárense los bajorrelieves que están en las logias del Capitolio con los del cuerpo central, ejecutados por Zanelli. En las logias se encuentra el espíritu del nuevo clásico, que trajera Bourdelle, en el centro, la escultura decadente del 1900, la escultura, repito, del "vermicelle".

No le negamos al escultor Nicolini haber brillado en su tiempo, cuando la escultura neo-barroca y post-romántica estaba en auge, pero vivimos en el 1932, y el siglo ya pasó la adolescencia.

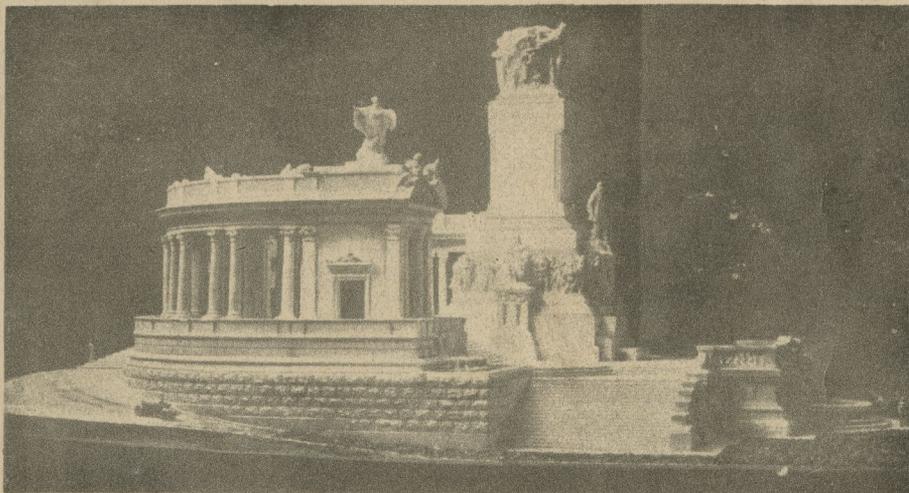
Creemos que se debe indemnizar al señor Nicolini por los trabajos realizados; pero un Concurso internacional, al que puedan concurrir, desde luego, los escultores nacionales, se impone para la terminación de la obra; lo piden los artistas, la clase intelectual; lo exigen los donantes y cuantos aman el arte en nuestra noble Habana; y cuesta trabajo creer que las altas personalidades que integran la actual Comisión no superen a los canónigos españoles que allá en los albores del Renacimiento acordaron cambiar el estilo de la catedral de Málaga, porque no estaba de acuerdo con las novedades de su época.

*Aranda
Oct. 1932.*

5



Grupo alegórico que remata el monumento, masa informe de figuras de silueta irregular, sin ritmo y llena de complicación, que a la altura en que está colocada, resultaría de un efecto deplorable.



Maqueta del monumento al general José M. Gómez, por Nicolini, vista de perfil, en la que se puede apreciar la escultura del "vermicelli" (arte macarrónico) que impera en toda la obra.

*Acord
Oct. 1932*



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA